

La figura del egipcio en la escuela secundaria: La fascinación por lo extraño

*Santos Ayala**

Resumen

En el presente artículo, se analiza uno de los principales libros de Historia que se utiliza en las escuelas de Nivel Medio de la Argentina. Toma como tema principal de análisis, la figura del egipcio y su cultura.

El objetivo de este trabajo es demostrar que la imagen del antiguo Egipto y su sociedad todavía sigue marcada por miradas que siempre están centradas en lo misterioso, extraño y a la vez fascinante de su cultura. Representaciones que producen un distanciamiento cultural entre Oriente y Occidente.

Se trata de una construcción de representaciones de la alteridad que por años se reflejan en libros de texto y que a su vez crean una imagen en el estudiante sobre el otro diferente, raro a la vez distante.

Palabras clave: Antiguo Egipto, textos, representación, alteridad

The figure of the Egyptian in the secondary school: The fascination with the strange

Abstract

This article analyzes one of the main history books used in secondary schools in Argentine. It takes as its main theme of analysis, the figure of the Egyptian and his culture.

The aim of this work is to demonstrate that the image of Ancient Egypt and its society is still marked by gazes that are always focused on the mysterious, strange and at the same time fascinating of its culture. Representations that produce a cultural distance between Orient and Occident.

It is a construction of representations of otherness, which for years are reflected in textbooks and which in turn create an image in the student of the other, different, strange and distant at the same time.

Keywords: *Ancient Egypt, texts, representation, otherness*

*

Universidad Nacional del
Nordeste, Instituto de
Educación Superior “Padre
Dante Darío Celli”, E.E.S. N°
180.
ayalasan232@gmail.com

RESEÑAS N° 25

AÑO 2024

[pp. 34 – 47]

Recibido: 14/06/2024

Aceptado: 09/09/2024

ISSN 2796-9304

Introducción

La Historia Antigua como contenido en el curriculum de educación secundaria todavía sigue presente en aquellas instituciones de provincias como las del nordeste de nuestro país (y de otras provincias como Buenos Aires), que aún no han sido transformadas de acuerdo a la ley de Educación Nacional 26.206, la cual estableció una serie de cambios entre ellos, los relacionados con esta materia de estudio.

Así, todavía hoy, se puede seguir viendo establecimientos educativos, escuelas de enseñanza secundaria, en el que aparece esta materia en el 1° año de estudios, a enseñarse conjuntamente con la Historia Medieval.

Centrándonos en una parte de la Historia Antigua, más precisamente en el antiguo Egipto, los textos escolares constituyen herramientas necesarias para la enseñanza por parte del docente. Sin embargo, pocas veces se hace un análisis de los mismos, pensando en que estos se encuentran atravesados por criterios, ideologías, intereses y concepciones que van a repercutir en la forma en que los contenidos y las actividades van a ser presentadas. Por lo tanto, no constituyen productos neutros, sino que están influidos por un universo de miradas y significaciones, son producciones que responden tanto a las políticas culturales y los lineamientos curriculares vigentes, como a las políticas editoriales.

El objetivo de este trabajo es analizar el libro de texto de Teresa Eggers Brass y Federico Derendinger: *Historia I*. De él, tomaremos la sección que refiere al antiguo Egipto.

De esta forma, se parte de la idea de que el egipcio (o la cultura de la sociedad egipcia), se representa aquí con una imagen distorsionada que genera distanciamiento cultural respecto de quienes son los destinatarios de este material, es decir, principalmente alumnos de 1° año de la escuela secundaria. Una imagen que sigue arraigada en estos libros de texto y que generan conocimientos vacíos, ligados a la curiosidad, la extrañeza y lo fabuloso, más que a un saber historicista.

Si bien la formación de esta idea respecto a otras culturas desde nuestra mirada occidental es recurrente y vale la pena analizarla, también cabe destacar que los mismos egipcios plasmaron y desarrollaron una fuerte tendencia de valoración de su cultura frente a los otros. Su territorialidad y su deseo de sentirse a salvo desembocaban en expresiones de temores y alegrías, preferían la luz a la oscuridad, lo conocido a lo desconocido, colocando todos los elementos “seguros” en Egipto, mientras que todos los elementos negativos se ubicaban en los límites, en lo desconocido (Pérez Largacha, 2007, p. 41).

En este abordaje de la figura del egipcio en un texto de secundaria, se entrecruzarán la historia, cultura y educación, poniéndose énfasis en el plano cultural de análisis y sus correspondientes relaciones con conceptos como alteridad, hegemonía y poder.

El Faraón opresor y la sociedad oprimida

El libro dedica más de siete páginas exclusivamente al Egipto antiguo. El mismo se encuentra dentro del Capítulo III titulado “Las Primeras Civilizaciones” que, además de Egipto, también dedica páginas a las “Civilizaciones de la Mesopotamia Asiática”, al “Lejano Oriente” y a “América: las Sociedades Estatales y los Centros Ceremoniales”¹.

A lo largo de la lectura de sus páginas, nos damos cuenta de que este texto escolar, al igual que muchos otros, son parte de configuraciones discursivas que han ido posicionando a los sujetos lectores (estudiantes en su mayoría). A través de él, estos son interpelados para constituirse en *nosotros* frente a *la alteridad*. Esta última hace que un grupo social o un nosotros pueda relacionarse de alguna forma, visualice o califique a otro grupo social, es decir, “los otros” (Artieda, 2002, p. 17). En este caso, “los otros” o simplemente “el otro” lo constituye el egipcio².

Este mecanismo está operando en la constitución de un nosotros que creará vínculos específicos de identificación o rechazo con las representaciones referentes a “los otros” que se van delineando poco a poco a medida que vamos leyendo el texto. En este sentido, el egipcio, su cultura y su organización política se transforman en ese “otro”, el cual aparece descrito con características específicas y diferenciadas.

El texto comienza con una descripción cronológica de los diferentes períodos de la historia de Egipto que, si bien se presentan de forma ordenada, no incluye años de extensión de cada etapa³.

¹ Es importante aclarar, que el libro parte de la idea de sociedades diferentes, al titularse *Historia I. Los primeros hombres, los primeros estados, los distintos mundos*.

² Mario Liverani, refiriéndose a los canales por los cuales se ha transmitido la imagen del otro (la cultura de los antiguos orientales), destaca al Antiguo Testamento y los relatos que provienen de los escritores grecorromanos, los cuales por mucho tiempo moldearon el conocimiento respecto al Cercano Oriente antiguo. El mismo, lo llama “la imagen mítica” formada a partir de dichos canales de información.

³ En páginas posteriores (76 y 77), se ofrece un cuadro cronológico de los diferentes pueblos del Cercano Oriente (y Egipto), donde se pueden observar los años aproximados de cada período histórico aquí mencionado.

Es aquí donde se menciona de manera errónea la forma de organización política, ya que se afirma que Egipto fue un “imperio teocrático”⁴. Relacionado con esto, se incorpora un cuadro lateral en el que se definen conceptos como teocracia, imperio, dinastía.

Se enfatiza entonces, sobre una sociedad con un gobierno fuerte, autoritario y violento. De esta manera, se presenta la historia egipcia como un sistema de gobierno antidemocrático. Incluso, el cuadro en donde aparecen las definiciones de las palabras antes mencionadas, resalta algunos términos que denotan violencia, severidad y dureza. Así, cuando se define Imperio, se habla de un “Estado que impone autoridad”; a la Teocracia se la define como “un gobierno ejercido por quien se considera un Dios” y se especifica sobre gobernantes de una misma familia. Sumado a esto, se utiliza el concepto feudal para designar el poder de los nomarcas al final del Reino Antiguo, teniendo en cuenta que se trata de un concepto que los alumnos aún no pueden entender y que corresponde a un período posterior. En esta parte, se podría aclarar entonces, que Egipto no siempre fue un Imperio, sino que esa connotación solo obedece a un período de su historia⁵. Y, en cuanto a los conceptos utilizados, el de “faraón” aparece como no definido al igual que “nomo” que, erróneamente, se explica en el texto como un pequeño Estado. Sería conveniente agregar los significados de “visir”, “pirámide social” y “trueque” o “comercio a larga distancia” o el importante término de “ma’at” en el cual se debía sustentar el rey.

Respecto a la imagen del rey que se considera un dios que deriva del término teocracia, es conveniente referirse a lo que dice Cervelló respecto a ello:

El principio de la relatividad cultural nos lleva al problema del respeto y la aceptación real de la alteridad. Por poner un ejemplo claro y concreto [...] ¿puede un rey ser un dios? Nuestra respuesta instintiva a esta pregunta es negativa y pensamos automáticamente en un pueblo oprimido y engañado, en una razón político-económica de fondo o, cuando mucho, en una superestructura mental para una determinada realidad material; y se nos vienen a la memoria figuras como Alejandro de Macedonia o los emperadores de Roma. Pero nuestra tradición, nuestra experiencia histórica no es la experiencia histórica, y lo que en nuestra tradición cultural es o ha sido no tiene por qué ser o haber sido a escala universal:

⁴ Aunque mucha de la historiografía del antiguo Egipto todavía sigue mencionando a sus diferentes etapas históricas con la denominación “imperio”, la mayoría prefiere solo denominar imperio al período conocido como “Imperio Nuevo” (o “Reino Nuevo”).

⁵ Específicamente en el período que va desde el 1552 al 1069 a.C., época conocida como el Egipto Imperial.

[...] es un punto de partida necesario para esa comprensión real de las culturas “otras”. (1996, p. 14)

De todo lo expuesto en esta primera parte referida el antiguo Egipto, se desprende la imagen de un gobernante fuerte, autoritario, que conquista países vecinos. Este personaje, el faraón, era un soberano divino o casi divino que debía ser obedecido por todos los demás, a quienes se los denomina súbditos. Esta imagen que se observa del sistema político egipcio y su gobernante es de suma importancia, ya que los alumnos a los que están destinados estos tipos de materiales son chicos que recientemente han terminado la escuela primaria y no tienen nociones básicas sobre tiempos largos como milenios o centurias, ni conceptos afianzados como Estado o monarquía, por lo que este juego discursivo podría generar innumerables anacronismos. Respecto a esta forma de percepción de un texto como el estudiado, no se deben olvidar las afirmaciones de Chartier, refiriéndose a que la lectura es:

Un proceso históricamente determinado cuyas modalidades y modelos varían según el tiempo, los lugares, los grupos [...] las significaciones de un texto dependen de las formas a través de las cuales es recibido y apropiado por sus lectores [...] Estos, de hecho, no se enfrentan jamás con textos abstractos, ideas separadas de toda materialidad; manejan o reciben formas cuyas organizaciones gobiernan su lectura (o su escucha), es decir, su posible comprensión del texto leído. (1992, p. 107)

En otro apartado del libro analizado, refiriéndose a la “Cultura, sociedad y medio geográfico en Egipto”, se sigue describiendo el autoritarismo del faraón, pero esta vez, utilizando a los grupos sociales de dicha época como aquellos que se ven afectados por esta forma de organización política en donde se aclara que es una monarquía. Se presenta así, a una población sufriente, oprimida y avasallada que los autores de este material, Eggers-Brass y Derendinger describen diciendo:

La tierra era del faraón, y se redistribuía tras las crecientes. El pueblo debía prestar un servicio personal gratuito (corvea); gracias a esto se pudieron hacer numerosas obras públicas como canales, represas, templos y monumentos funerarios para los faraones [...] Se trataba de una sociedad tributaria: los trabajadores debían aportar al gobierno parte de su cosecha y colaborar con tareas comunitarias. (2010, pp. 53-54)

Los grupos sociales que componían la base de la sociedad egipcia, difícilmente aparecen a no ser por textos o iconografías ligadas al poder real. Las prácticas

cotidianas de estos grupos son más difíciles de encontrar como documentos independientes, pues como afirma Rodríguez:

El problema [...] se plantea precisamente en el momento de intentar teorizar sobre unas prácticas sin textos propios [...] La complejidad a la que se enfrenta implica la operación de formalizar lo no-discursivo, aquello que no posee soporte institucional, ni normativo, ni textual, pero sin traicionar el núcleo central que las constituye como prácticas del débil. (2009, p. 9)

Sin embargo, Kuhrt, en el mismo plano y refiriéndose a estos trabajadores afirma:

Habitualmente nos imaginamos a los campesinos egipcios como si fueran esclavos, no muy diferentes de ellos excepto en el nombre, gimiendo en unas condiciones lamentables de trabajos forzados semejante a la de los campos de concentración nazis. Esta imagen [...] probablemente sea en gran medida exagerada. Indudablemente sus condiciones de vida eran muy duras, hasta cierto punto estaban vinculados a la tierra y se les podía obligar a trabajar en las obras públicas [...] Pero no sabemos hasta qué punto estaban obligados a trabajar en la finca del faraón y en la de sus funcionarios, ni si todos los campesinos lo estaban [...] El ideal manifiesto de la sociedad egipcia era que todo el mundo, por humilde que fuera, tuviera acceso a la misma justicia. (2000, p. 176)

La cultura siempre ha sido un recurso que, desde diferentes corrientes teóricas, ha ido contribuyendo en la construcción de la diferencia, delimitando, clasificando, jerarquizando y produciendo una visión del “otro”.

La cultura material (e inmaterial) del antiguo Egipto constantemente ha llamado la atención del mundo, al mismo tiempo que ha generado un desarrollo turístico único e inigualable en cuanto al interés de para estos fines. Así, en el libro de texto estudiado, es infaltable hacer referencia a ello. Como parte del tema anteriormente mencionado (“Cultura, sociedad y medio geográfico en Egipto”), aparecen desarrollados de manera separada, como subtítulos: “La escritura” y “Las Pirámides”: los dos apartados están acompañados de imágenes. Sin duda, esto demuestra que el egipcio no solamente es presentado como diferente (al que lo está descubriendo o leyendo), sino también como exótico y extraño, que a pesar de presentarse como una cultura inferior a la occidental, no deja de engrandecerse.

Esta espectacularización del “otro”, tal como se observa en este caso, nos remite a la construcción del exotismo como parte de un horizonte que llena el campo del patrimonio cultural y de allí, el del turismo cultural (Segato, 2015, p. 14, como se citó en Lacarrieu, 2016, p. 129). La misma que se observa cuando

los autores Eggers-Brass y Derendinger, refiriéndose a las pirámides, afirman que ellas estaban “rodeadas por las arenas del desierto y construidas hace unos 4500 años. Sirvieron como tumbas de los faraones egipcios” (2010, p. 55).

Más adelante, se puede ver en explicaciones cortas, que las pirámides también constituyen un monumento al saber de su tiempo, y a la arquitectura e ingeniería: en sus medidas está reflejado el conocimiento matemático y astronómico. En el caso de la construcción de la pirámide de Keops, fueron utilizados 2.300.000 bloques de piedra, cada una de dos toneladas y media de peso, traídas de canteras vecinas (Eggers-Brass y Derendinger, 2010, p. 56).

Entonces, nuevamente, el exotismo está presente aquí y, junto con lo maravilloso, se ve construido como singular, como aquello extraño al observador.

En este sentido, las pirámides a las que se hace referencia solo fueron construidas en un periodo de la historia de Egipto y, las que tienen mayor tamaño son solo tres de ellas⁶, en comparación a las más de cien existentes. Necesariamente se podría incluir la construcción de otras tumbas (además de no limitarlas solamente a las pirámides), que no fueron tan grandes y espectaculares como las mencionadas, aclarando que las de Guiza fueron consecuencia de la prosperidad económica de la que gozaba.

Este exotismo reflejado en la cultura del Egipto antiguo nos remite a hablar de una representación visual y discursiva de la diferencia, siempre construida desde el relato del Occidente y en base a una exhibición o presentación “objetiva”, en donde quedan claros los procesos históricos de poder y las relaciones desiguales que permean la sociedad (Lacarrieu, 2016, p. 129).

Las imágenes de la escritura que figuran en una de sus páginas resaltan este exotismo (o rareza), pues acompañando al texto aparece representado únicamente el jeroglífico, mientras que en el texto se menciona, además, a la escritura hierática y demótica. Esto es particularmente interesante ya que la escritura jeroglífica se representa con pictograma, apareciendo así junto al texto imágenes de animales como un pato, un buey y una abeja. La elección de presentar imágenes de escritura jeroglífica y no la hierática no es casual, puesto que responde a que esta última es más parecida en representación a la nuestra. La escritura jeroglífica es más llamativa por su total diferenciación de lo que un alumno tiene acceso, lo que redundaría en promover esa diferencia, extrañeza y diferenciación antes mencionada. Por ello, no sería inadecuado en esta página incluir imágenes de escritura hierática que, al observarse puede distinguirse con mayor claridad la relación con nuestra escritura.

Si tenemos en cuenta la cultura inmaterial, se puede notar una marcada búsqueda de diferenciación con la cultura occidental, al igual que se persiste

⁶ Las que habitualmente aparecen nombradas y/o representadas son las de Keops, Kefrén y Micerino (de la IV Dinastía).

en presentar al antiguo egipcio como el portador de lo exótico en temáticas y aspectos que antes que diferenciarnos y alejarnos, bien podríamos relacionarnos y acercarnos a su cultura. Así, Eggers-Brass y Derendinger hablan de que los soberanos, al morir, hacían momificar su cuerpo y aguardaban la otra vida rodeados de sus grandes tesoros, obras de arte, plegarias a los dioses y objetos personales que constituían su ajuar funerario que lo acompañaban en este viaje a la otra existencia (2010, p. 55).

Con todo lo expuesto, se separa radicalmente a una cultura de otra. Se propone un alejamiento muy brusco de nuestros valores culturales, en donde bien podría plantearse aquí un punto de coincidencia y acercamiento a través de la creencia en otra vida como es propia de las religiones cristianas. Tomando el concepto de Isler Duprat (2010), “la construcción de identidades desde el patrimonio”, todavía está notoriamente lejos. En este sentido, se puede resaltar en el texto, una actividad comparativa muy general en donde se propone que el alumno diferencie entre la religión egipcia y el cristianismo.

Si bien, la idea de la actividad busca puntos en común y diferentes con una religión actual, sería adecuado no limitar tanto la religión egipcia a los enterramientos, pues esta incluía mucho más que eso como las festividades, las prácticas y devociones en las casas o las expresiones de piedad en las tumbas de comerciantes.

En cada una de las páginas dedicadas al antiguo Egipto, se observa una selección de fuentes escritas. Las mismas se encuentran a la margen derecha o izquierda de los textos centrales y en algunos casos son acompañadas de imágenes y actividades para los alumnos.

En esta selección, siguiendo las afirmaciones de Lacarrieu:

Aún permea la mirada de los expertos, quienes definen y legitiman sitios y sujetos, también deciden qué y cómo mirar a los mismos, incluso, en muchas ocasiones, en contradicción con los que viven y/o poseen el capital material y simbólico de sus lugares y sus colectivos sociales. (2016, p. 125)

En cuanto a los documentos escritos citados, algunos de ellos no poseen datos de relevancia como el lugar de procedencia, la época a la que se hace referencia ni el personaje principal que se menciona en el texto. Constituyen contenidos desconectados del texto principal, y tienen como función ampliar el conocimiento del egipcio a través de datos que, en realidad, están marcando aún más la tendencia hacia la diferencia como una cultura exótica y alejada de nuestra realidad. Así pues, aparecen textos referidos al período de crisis egipcio, a la justicia, a la religión y a ciertos gobernantes que sobresalieron en Egipto no precisamente a través de su historicidad.

Refiriéndose a otro plano, igualmente asociado estrechamente al poder real, los grupos sociales numerosos y más bajos de la sociedad aparecen vinculados a problemas sociales como robos, asesinatos, y otras penurias que se describen. Cuando los autores de este libro hablan entre sus líneas (citando una fuente escrita)⁷ de que ha desaparecido la alegría para siempre, de que las rutas ya no están custodiadas, y que el ladrón acecha para atacar y matar al viajero, están creando un imaginario sobre la sociedad egipcia desde una imagen peligrosa y aterradora en la que los responsables de la crisis son los pobres y extranjeros. Sería conveniente aquí puntualizar mejor este período de crisis en el tiempo y relacionarlos con los otros períodos y documentos como La disputa del hombre y su ba, el lamento de Khakheperrasenebu o La Profecía de Nefery, aclarando el concepto de crisis y su relación con el etnocentrismo propio antes mencionado del egipcio.

Además, se transcriben otros documentos como El Canto del Arpista y la Sátira de los Oficios. En ambos casos, si la guía de actividades no es la adecuada, podría desembocar en interpretaciones desacertadas o poco fructíferas del que está leyendo. Así, en el primero, la actividad prácticamente se remite escribir a lo que pensaba el arpista, quien en el párrafo citado incita a disfrutar la vida, el presente y no pensar en el futuro⁸. Sería adecuado que se aclarase bien el contexto de crisis, ya que si bien este documento y las Exhortaciones de Ipuwer hablan de ella, una hace referencia a una crisis externa y la otra a una existencial.

En cambio, en el segundo documento, solo se transcriben los párrafos sin alguna actividad y, a pesar de que en el mismo se explica, a manera introductoria, el interés del padre por aconsejarle la elección del oficio de escriba a su hijo, corre el riesgo de que las interpretaciones puedan ir hacia el descrédito de algunas profesiones que eran importantes para la sociedad egipcia y no lo son para la sociedad actual.

Tomando las afirmaciones de Zingarelli,

El problema fundamental reside en que los manuales resumen interpretaciones históricas para hacerlas accesibles a los estudiantes secundarios o dan, a menudo, explicaciones simples sobre los cambios sociales y describen las sociedades sin plantear entonces los problemas en su complejidad. (1996, p. 83)

⁷ En este caso, el documento escrito es conocido como las Exhortaciones de Ipuwer.

⁸ Hay interpretaciones como las de Serrano Delgado, que sugieren que hacía referencia a que los egipcios no debían dejar pasar las fiestas y diversiones.

El egipcio como pieza de un museo

Recurriendo a dos conceptos utilizados por Dujovne y Calvo, refiriéndose a los museos, se puede decir que en el libro analizado se sintetizan la búsqueda de la recreación y enseñanza (2004, p. 93).

Es llamativo ver cómo aparecen resaltados la máscara de Tutankamón, un sarcófago y parte de una estatua del faraón Akhenatón. Sin duda, estas imágenes tratan de fomentar la curiosidad, objetivar la racionalidad del conocimiento y constituir en sí mismo un elemento educativo a través de lo extraño.

Como parte llamativa y vistosa del libro, y reforzando lo exótico, diferente y distante tanto en tiempo y espacio, esta obra incluye dos páginas en colores en las que se pueden ver, tal cual como aparecen en un museo, los siguientes elementos culturales materiales:

- Una esfinge de Amenofis III,
- Una escultura de una mujer,
- Un sarcófago de un canciller egipcio,
- Reconstrucción de una pintura referida al Juicio de los muertos,
- Un sarcófago de una sacerdotisa,
- Parte de la escultura de un león que simboliza al faraón egipcio,
- Un sarcófago de bronce para un gato sagrado,
- Una estatuilla de babuino,
- Una estatua de una mujer arrodillada frente a Osiris,
- Una barca de madera utilizada para la pesca.

Claramente, esta presentación de imágenes de figuras con una descripción escueta, en algunos casos errónea y con poca relación entre sí (prácticamente desconectadas entre ellas), refleja una presentación propia de museo. Una presentación asociada a un “museo templo”, el cual transmite un pensamiento hegemónico, con un discurso dogmático que no hace más que afianzar esferas de poder. Aquí, no hay lugar para un estudiante activo, con saberes previos, intereses propios y con capacidad de elaboración (Dujovne y Calvo, 2004, p. 95).

Sin duda, en esta última presentación del patrimonio material e inmaterial de Egipto (y en las páginas anteriores de forma más implícita), las miradas se concentran en la conservación de los bienes y hay escaso margen para que se realicen operaciones de discusión, reflexión y valoración de las ideas referidas a uno de los verdaderos sentidos del patrimonio: la construcción de identidades a través de las memorias compartidas (Isler Duprat, 2010, p. 184).

Siguiendo las ideas planteadas por este último autor citado, en el tratamiento del patrimonio material e inmaterial del antiguo Egipto, solamente se da un proceso de diferenciación, en el que se busca que el individuo y/o el grupo

social únicamente se limite a encontrar lo diferente del “resto del mundo”, dejando de lado y poco espacio para la asimilación. Esto no solo permitiría observar las diferencias sino también encontrar aquellos eslabones que hacen que lo diferente y distanciado pueda “ser parte del mundo” (Isler Duprat, 2010, p. 184).

La mujer egipcia y su representación

Para finalizar, merece un párrafo aparte la presentación en este libro de la figura de la mujer egipcia. Su figura ha sido siempre uno de los temas principales de la literatura, aunque por mucho tiempo ha quedado constantemente en un segundo plano, debido a la marginación que ha sufrido durante siglos a causa de, principalmente, la existencia de una cultura dominante de rasgos fuertemente patriarcales. Aunque ha habido mucha producción referida a los estudios feministas y de género, sin embargo, la forma de abordar la historia desde unos atisbos que tiendan hacia una perspectiva feminista decolonial todavía está muy lejos. Esto se ve claramente expresado en el libro analizado.

En el mismo, la figura de la mujer se refleja solamente a través de una de sus reinas que pareciese ser la única que tuvo el Egipto antiguo: Cleopatra VII⁹. Se la muestra aquí enmarcada en rasgos novelescos más que históricos. La forma de presentación en la obra (pues figura como un apartado del resto del texto principal, al igual que las fuentes escritas e iconográficas antes mencionadas), y la imagen que acompaña al texto referido a “Cleopatra, la reina del Nilo”, refuerzan esta afirmación. Refiriéndose a esta reina Eggers-Brass y Derendinger escriben:

La soberana más famosa de la dinastía Ptolemaica fue Cleopatra VII (69-30 a.C.). Recibió el trono de Egipto cuando murió su padre (51 a.C.) con la condición de que se casara con su hermano [...] Al ser desplazada por éste se alió con el general y político romano Julio César para recuperar el trono. Lo logró en el año 47 a.C., cuando su hermano murió en combate; fue obligada a casarse nuevamente con otro hermano menor, pero en ese período pudo controlar el poder. Enamorada de César, viajó con él a Roma y tuvo con él un hijo al que llamó Cesarión. Después del asesinato de Julio César volvió a gobernar Egipto (según las malas lenguas, primero mandó a envenenar a su hermano). Marco Antonio, gobernador romano de Oriente, se enamoró de ella. Pese a que Cleopatra quedó embarazada

⁹ Pareciese que su inclusión en el libro se eligió al azar o en base parámetros de fama o controversia, ya que existieron otras reinas en Egipto de las cuales también hay documentos que lo confirman. Tal es el caso de Hatshepsut, Neferiti o Nefertari, todas de épocas anteriores.

(tuvo mellizos), Marco Antonio se casó en Roma [...] Pero el amor pudo más: contrajo nupcias con Cleopatra [...] Augusto les hizo la guerra (literalmente); a Marco Antonio le dieron la falsa noticia de que Cleopatra había muerto, por lo que se suicidó. Y Cleopatra al enterarse [...] también se quitó la vida. (2010, p. 53)

En primer lugar, una figura histórica como la de esta mujer y la historicidad propia de la época en que Egipto estaba dominada por romanos, confluyen en una novela pintoresca. La imagen de Cleopatra alterna entre la mujer ambiciosa de poder que mata a su hermano para lograr tal fin y la mujer enamoradiza (muchos tienden a pensarla como mujerzuela que atrapaba a los hombres con su belleza), que logra conquistar dos generales romanos.

La maternidad (y los nacimientos) reflejada aquí (se resalta que esta reina tuvo varios hijos) todavía se plasma como un acontecimiento repetitivo y a-histórico. En muchos libros como este, todavía se refleja esa mirada de los historiadores respecto a ello (Quiroz, 2020, p. 142). La historia de Egipto y la figura del egipcio que se observa en este libro de texto se enmarca en una historia que, como afirma esta última historiadora, no ha sido receptiva a las propuestas decoloniales debido quizás en parte a la posición central de las fuentes escritas en el trabajo histórico (2020, p. 139). Esto es porque tratándose de una sociedad con un sistema rígidamente patriarcal, las fuentes para su estudio son predominantemente de origen real (claramente masculino).

Continuando con las afirmaciones de la misma autora, la representación de la mujer que se hace en este libro confirma que todavía pocos trabajos resaltan los aportes epistemológicos y las acciones de gran valor de las mujeres subalternas (Quiroz, 2020, p. 139). La figura femenina y aún con más notoriedad en la antigüedad, se conoce de forma limitada centrándose en las clases altas (reinas o princesas).

A modo de conclusión

Estudiar una sociedad y su cultura es sin duda adentrarse en tratar de comprender el papel del poder como principio articulador de las mismas. El análisis de las páginas referentes al antiguo Egipto centradas en este libro permite entender que todavía se sigue presentando al egipcio antiguo como el exótico, el diferente, el que en un tiempo lejano creó grandiosas pirámides y tuvo conocimientos en geometría y matemáticas que fueron grandiosos para aquellas épocas, pero que hoy en día solo puede llegar a despertar un mínimo de curiosidad en los estudiantes.

Si bien el estudio de estas sociedades promueve el valor a la diversidad cultural, la forma en que son presentadas a los estudiantes genera una escenificación del otro que muchas veces crea distanciamiento antes que integración.

En todo el texto analizado se observa cómo el egipcio, o la sociedad egipcia, todavía sigue atravesado por políticas de diversidad en clave colonial (Lacarrière, 2016). Tomando las palabras de Quiroz (2020), como docentes y educadores tenemos la tarea de descolonizar el saber académico a través de un esfuerzo vulgarizador.

Se debe pensar las diferencias desde la interculturalidad y tratar de modificar ese pensamiento hegemónico que presenta al “otro”, al egipcio en este caso, no solo como diferente por su condición étnica, sino por los mecanismos de exclusión que se generan al tomar o trabajar un libro de texto de este tipo. Pues, como profesionales, es nuestra responsabilidad deconstruir los peligrosos mitos políticos y sociales que se enmascararon de historia (Murphy, 2006, p. 18).

Por último, este análisis hace pensar en cuestiones metodológicas y de conocimiento, en comenzar a reflexionar en que las explicaciones que se hacen de una cultura como la egipcia, constituyen narraciones que se realizan desde el presente y que no se parecen en nada al momento en que sucedieron (Segato, 2013). Dejar de mirar al otro desde la extrañeza y fascinación y comenzar a pensar en una pedagogía de la aceptación y de la creación de vínculo es el gran desafío al enseñar Historia Antigua.

Referencias bibliográficas

- Artieda, T. (2007). Los discursos escolares sobre la alteridad indígena. Aportes sobre el “pasado” y el presente en los libros de lectura de la escuela primaria argentina. *Nordeste* 25. Recuperado de: <https://revistas.unne.edu.ar/index.php/nor/article/view/2619>
- Cervelló Autuori, J. (1996). Cap. 1: Egipto, África y la Historia. En *Egipto y África: Origen de la civilización y la monarquía faraónicas en su contexto africano*, pp. 13-32. Editorial AUSA.
- Chartier, R. (1992). Historia del libro e historia de la lectura. En *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, pp. 105-162. Gedisa.
- Dujovne, M. y Calvo, S. (2004). El museo y la visita escolar. *Imagen*, Revista del Instituto de Historia del Arte Argentino y Latinoamericano, pp. 93-109, FFyL, UBA, Buenos Aires.

- Eggers Brass, T. y Derendinger F. (2010). *Historia I: Los primeros hombres, los primeros estados, los distintos mundos*, pp. 51-57. Maipue.
- Isler Duprat, R. (2010). Reflexiones sobre cómo construirnos desde el patrimonio. *Iconofacto. Revista de la escuela de arquitectura y diseño*, Volumen 6 - número 7, pp. 181-196, Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín.
- Kuhrt, A. (2000). *El Oriente Próximo en la Antigüedad, c. 3000-330 a. C.* Vol. 1. Crítica.
- LacARRIERU, M. (2016). La alteridad y el exotismo en clave patrimonial turística. Aportes desde la Antropología. *Quaderns de l'Institut Català d'Antropologia N°32*. Recuperado de: <http://www.raco.cat/index.php/QuadernsICA/article/view/320292>
- Liverani, M. (1995). *El Antiguo Oriente*. Crítica.
- Murphy, S. (2006). *Repensando Oriente-Occidente*. Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- Pérez Largacha, A. (2007). *Historia antigua de Egipto y del Próximo Oriente*. Akal.
- Quiroz, L. (2020). Investigar y enseñar historia en perspectiva feminista decolonial. *Márgenes, Revista de Educación de la Universidad de Málaga*, 1 (2), pp. 138-152. DOI: <https://doi.org/10.24310/mgnmar.v1i2.6786>
- Rodríguez, M.G. (2009). Sociedad, cultura y poder: la versión de Michel de Certeau. *Papeles de trabajo*, Año 2, n° 5.
- Segato, R. (2013). El Edipo Negro: colonialidad y forclusión de género y raza. En *La crítica de la decolonialidad en ocho ensayos*, pp. 179-210. Prometeo.
- Zingarelli, A. (1996). Algunas consideraciones sobre la propuesta editorial para la enseñanza de Historia Antigua. *Clio & Asociados N° 1*, pp. 81-89.